**Estudio para Grupos de Crecimiento**

**Serie: Una Vida sin Preocupaciones**

***12. El único temor saludable***

**Estudio para Grupos de Crecimiento**

**Serie: Una Vida sin Preocupaciones**

***12. El único temor saludable***

*Al oír esto los discípulos, se postraron sobre sus rostros, y tuvieron gran temor. Jesús se acercó y los tocó, y dijo: Levantaos, y no temáis.* Mateo 17:6-7

**Introducción**

Tenemos dioses del tamaño que nos conviene. Los encontrarás en la apretada mano de la gente que prefiere un dios que pueda manejar, controlar y predecir. Esta vida al revés requiere una deidad dócil, ¿no es verdad? En un mundo fuera de control, necesitamos un dios que podamos controlar, una presencia que nos haga sentir bien, semejante a un gatito que se sienta en nuestro regazo. Lo llamamos y él viene. Lo acariciamos y ronronea. *Si tan solo pudiéramos controlar a Dios y definirle su lugar en nuestra vida.*

**La transfiguración**

Pedro, Jacobo y Juan deben haber tratado de hacerlo. ¿De qué otra manera puedes explicar la expedición, fuera de todo convencionalismo, en la cual los llevó Jesús?

*Seis días después, Jesús tomó a Pedro, a Jacobo y a Juan su hermano, y los llevó aparte a un monte alto; y se transfiguró delante de ellos, y resplandeció su rostro como el sol, y sus vestidos se hicieron blancos como la luz. Y he aquí les aparecieron Moisés y Elías, hablando con él. Entonces Pedro dijo a Jesús: Señor, bueno es para nosotros que estemos aquí; si quieres, hagamos aquí tres enramadas: una para ti, otra para Moisés, y otra para Elías. Mientras él aún hablaba, una nube de luz los cubrió; y he aquí una voz desde la nube, que decía: Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia; a él oíd. Al oír esto los discípulos, se postraron sobre sus rostros, y tuvieron gran temor. Entonces Jesús se acercó y los tocó, y dijo: Levantaos, y no temáis. 8 Y alzando ellos los ojos, a nadie vieron sino a Jesús solo. (*Mateo 17:1-8).

Cristo necesitaba fuerzas. Le faltaban unos meses para ir a la cruz. Las lanzas de los soldados y el rencor de las multitudes estaban por delante. Necesitaba fortaleza para enfrentarlos, y quería que sus seguidores vieran dónde la encontraba.

En algún momento durante su oración, el sencillo carpintero que comía pan sin levadura y hablaba con acento galileo, se transformó en una figura cósmica de luz. «Y se transfiguró delante de ellos, y resplandeció su rostro como el sol, y sus vestidos se hicieron blancos como la luz» (Mateo 17:2).

Luz salía de él. Brillante. Explosiva. Electrizante. El resplandor salía de cada poro de su piel y de cada parte de su ropa. Jesús resplandecía. Marcos quiere que nosotros sepamos que «sus vestidos se volvieron muy blancos… tanto que ningún lavador en la tierra los puede hacer tan blancos» (Marcos 9:3).

Este color radiante no era el trabajo de una lavandería, era la presencia de Dios. Las Escrituras muchas veces igualan la presencia de Dios con la luz, y la luz con la santidad. «Dios es luz, y no hay ningunas tinieblas en él» (1 Juan 1:5). Él habita en «luz inaccesible» (1 Timoteo 6:16). Entonces, el Cristo transfigurado es Cristo en su forma más pura.

Es Cristo como verdaderamente es, usando su ropaje de antes de Belén, y después de la resurrección. En un instante, Pedro, Jacobo y Juan era mosquitos a la sombra de un águila. Nunca habían visto a Jesús de esa forma. Sí lo habían visto caminar sobre el agua, multiplicar el pan, hablarle al viento, hacer salir demonios y resucitar muertos. Pero ¿qué se viera como una antorcha encendida?

Aparecieron dos visitantes: Moisés y Elías. «Quienes aparecieron rodeados de gloria, y hablaban de su partida, que iba Jesús a cumplir en Jerusalén» (Lucas 9:31).

A estas alturas, Pedro se aclaró la garganta para hablar, pero «Mientras él [Pedro] aún hablaba, una nube de luz los cubrió; y he aquí una voz desde la nube, que decía: Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia; a él oíd» (Mateo 17:5).

*Amado* significa «que no se le puede adjudicar valor» y que es «único». No hay nadie como Cristo. Ni Moisés, ni Elías, ni Pedro, ni Buda o Mahoma. Ni en el cielo ni en la tierra. Jesús, declaró el Padre, no es «un hijo», ni aun «el mejor de todos los hijos». Él es el «Hijo amado».

Pedro, Jacobo y Juan vieron lo que ninguna otra persona ha visto: a Cristo en toda su gloria. Las palabras no sirven en un momento como ese. Se les fue la sangre del rostro, se pusieron muy pálidos. Les temblaban las piernas y el pulso se les aceleró. «Se postraron sobre sus rostros, y tuvieron gran temor» (Mateo 17:6).

**El temor de Dios**

Este es el temor de Dios. La mayor parte de nuestros temores son tóxicos. Roban el sueño y quitan la paz. Pero este temor es diferente. Desde la perspectiva bíblica, no hay nada neurótico en cuanto temerle a Dios. Lo neurótico es *no* tener temor, o temerle a lo incorrecto. Es por eso que Dios ha elegido hacerse conocer, para que podamos dejar de temerles a las cosas erradas. Cuando Dios se ha revelado totalmente, y nosotros “nos damos cuenta”, entonces experimentamos la conversión de nuestro temor. El “temor del Señor” es el reconocimiento más profundo de que nosotros no somos Dios.

¿Cuánto tiempo hace que no sientes ese temor? ¿Desde que una nueva comprensión de Cristo te hizo doblar las rodillas y te quedaste sin aliento? Si ha pasado tiempo, eso explica tus temores. Cuando Cristo es grande en nuestra vida, nuestros temores son insignificantes.

A medida que tu visión de Jesús se agranda, los temores de la vida disminuyen. Un Dios grande se traduce en mucho valor. Una visión pequeña de Dios no genera valor. Un Jesús portátil, que tal vez quepa bien en tu cartera, no puede hacer nada por tus temores.

**Permaneciendo en Dios**

Cuanto más tiempo vivimos en Él, tanto más grande llega a ser en nosotros. No es que Él cambie, sino que nosotros cambiamos; vemos más de Él. Y mientras lo hacemos, todos los temores, menos el temor a Cristo, se derriten y desaparecen. Podemos decir como David: «Jehová es mi luz y mi salvación; ¿de quién temeré?»
(Salmos 27:1).